

EL MUNDO DE FRANZ KAFKA

Por SAMUEL SYRO

Hay artistas que nacen con el fatal y misterioso designio de regresar siempre al caos primitivo, a la absoluta incoherencia inorgánica, en donde todo es oscuro y fantástico para descubrir después una luz más clara e infinita, un universo más dilatado y profundo. Ante su mente aparecen siempre las cosas y los seres, cruzados de complicaciones y de enigmas, porque más allá de esas verdades admitidas comúnmente, parecen presentir de continuo, como un eterno suplicio, una verdad cada vez más inescrutable, un abismo cada vez más hondo y un alejamiento sin interrupciones ni fin. En cada uno de estos hombres, existe latente una aspiración única hacia el perfeccionamiento incesante y la verdad, que los enaltece y dignifica, en su lucha permanente de interpretar el universo y de buscar sus relaciones recónditas. Y asimismo, a través de sus vidas silenciosas, pueden pulsarse íntegramente los latidos y convulsiones de la humanidad, porque su misteriosa receptividad para el sufrimiento y el dolor ha transformado sus corazones en un perpetuo núcleo vital de la espiritualidad y del amor de todos los hombres. En esta forma, trágico y admirable se revela el destino de estos seres, nacidos con los ojos tan abiertos y tan deslumbrados de luz, que sólo pueden vivir bajo el amparo de las tinieblas, para comprender con mayor exactitud, el sentido y la finalidad de su existencia. A esta categoría de personajes extraordinarios perteneció Franz Kafka, pálido mancebo de Praga, que sorbió en breves años de su vida triste y febril, las más puras e ideales visiones de belleza, de verdad y de bien, alternadas con las más amargas y crueles desdichas.

Una extraña impresión de vacío y desconcierto, se experimenta al penetrar por primera vez en las oscuras regiones de la obra de

Franz Kafka, al dialogar con sus mágicos personajes de ensueño, y al adivinar cada instante con mayor intensidad, la indiscutible verdad oculta en su mensaje. Fluye de ella como un río interminable, la emoción cálida que estremece el espíritu, el grito unánime de felicidad y de salvación que palpita en todos los seres. Cada suceso acontece en esta obra como en el mundo cotidiano de nuestra vida, y sin embargo, existe algo en lo cual posiblemente nunca nos habíamos detenido a pensar, o algo que jamás habíamos contemplado con tan extraordinaria lucidez como lo veía Kafka. Porque en este universo misterioso del creador de "El Castillo", "Un médico rural", "La metamorfosis", "América", "Un artista del hambre" y "El proceso", la ordinaria existencia del ser humano parece haber cambiado su ritmo acostumbrado, los actos más insignificantes adquieren la profundidad desconocida de un problema fundamental y la inteligencia se torna cada vez más exigente y anhelante de conocimiento. Y así Kafka se ha internado tanto en las intimidades de la vida humana, para poder desde allí comunicarnos el espanto indescriptible y el intenso pavor de quien ha visto la claridad tan próxima y cercana, que sus ojos han quedado inusitadamente estáticos; pero sedientos de más luz.

Como el propio Kafka, sus personajes también discurren por la vida, en una prolongada noche oscura, a través de la cual sólo se adivina el prodigioso brillo de sus miradas cargadas de tristeza y de ansiedad. Torturados hasta lo más hondo de su alma, con aquello que suele pasar desapercibido por la mayoría de los hombres, viven en un interminable y doloroso desasosiego, en una agobiadora interrogación consigo mismos. Nada satisface sus ansias de comprensión y de verdad, ni nada puede aclarar estas oprobiosas tinieblas, en que voluntariamente se han sumido, y en donde su genio insondable, imagina las más raras e inconcebibles visiones. Tan pronto experimentan en su cuerpo el peso abrumador de la humanidad, o tan pronto se sienten frágiles y tratan de intentar la evasión de la tierra, para descender muy pronto transidos de desconfianza y de terror. Por donde quiera dirigen sus pasos, surge siempre la fatalidad invencible, con sus leyes rígidas y su orden inalterable. En un incansable movimiento y en una maravillosa absorción de los secretos más ignorados de la naturaleza, su sensibilidad parece hablarles de continuas relaciones y aproximaciones con el mundo; pero allá en el abismo de su vida interior, cada uno de estos seres se siente irremediablemente solo y condenado a sufrir la imposibilidad de comprender

y de abarcar las múltiples e ilimitadas prolongaciones de la vida, las verdaderas comunicaciones de las cosas y los seres.

Hay también en el alma atormentada de los personajes de Kafka, un dolor más grande que su soledad, un conflicto aún más imposible de resolver que sus dudas tiránicas y sus anhelos de comprensión y de unión con el universo. Estos seres angustiados de no hallar nunca la explicación de las circunstancias extrañas que rodean sus vidas, al regresar en busca de una oculta armonía hacia el centro de sí mismos, se encuentran de repente con el verdadero y desconcertante absurdo de su existencia. Se descubre ante ellos la desproporción y el desequilibrio aterrador, entre el pensamiento humano y la compleja realidad de un mundo, en donde todas las cosas han sido creadas, impuestas y ordenadas de antemano. Los sueños ideales de su fantasía y las más puras concepciones de su inteligencia, nada podrán hacer para modificar esta desarmonía esencial, este antagonismo que no les permite un solo instante de serenidad y de alegría, esta gran lucha que los convierte en seres contradictorios desde el nacer hasta el morir. Después de esta experiencia, su única felicidad estará entonces en saberse creadores de ella, y en jamás poder alcanzarla plenamente; su única certidumbre será esta infinita tristeza, que ha dejado en su alma la presencia fugitiva de la verdad y de Dios. Kafka mismo sintió, mucho más intensamente que sus personajes, este alejamiento y esta desunión de su vida espiritual con el mundo, y por eso sus ojos se agrandaron tanto de esperar inútilmente el milagro que no vino, y por eso su arte ha sido capaz de reflejar de un modo tan puro y elevado, la incomparable peregrinación del alma en busca de la divinidad desconocida.

El problema del absurdo y contradicción de la existencia, planteado por Kafka en sus diversos libros, se halla directamente relacionado con su concepto de la justicia y del juzgamiento que espera a todos los hombres. Durante su vida, esta idea de la justicia y esta idea de alguien a cuyo juicio habría de someter los actos de su existencia, obsesionó a Kafka con una fuerza irresistible. Desde aquella altura de su sueño de tinieblas, en donde las cosas adquirían claridades magníficas y significaciones inusitadas, adivinaba él siempre una mirada más escrutadora y más profunda que la suya, una presencia invisible que jamás lo abandonaba, ni descuidaba el más desapercibido de sus actos. A menudo quería escapar de este martirio permanente, liberarse en forma definitiva de esta humillante vigilancia que limitaba y reducía su pensamiento, para convertirse después

en juez único e implacable de sus propios actos, para sentir al menos una vez, la cruel pena de una culpabilidad sin esperanzas de perdón. Pero a pesar de la sinceridad de estos anhelos de auto-suplicio, Kafka comprendía muy bien que la purificación redentora sólo podía venir de otro más grande y más perfecto. Sabía también que mucho más dolorosa que esta ficticia angustia suya de sentirse solo, culpable y sin perdón, existía esa otra angustia verdadera del alma que, en medio de su limitación, pequeñez y desamparo, ansía ser devuelta a sí misma y buscar refugio en la inconmensurabilidad de Dios. Y cuando ya en sus últimos años, tuvo Kafka la oportunidad de padecer esta angustia profunda, pudo medir finalmente el alcance de este juzgamiento próximo de la eternidad y sentir en su ánimo el temor descomunal de quien espera la única justicia verdadera.

Quien había penetrado como Kafka, en forma tan sutil hasta la intimidad de las cosas y los seres, no podía permanecer tampoco impasible ante el eterno tema del tiempo. Sin embargo, Kafka ha permanecido impasible. El tiempo nunca parece haberle preocupado. Mientras otros escritores como Proust y James Joyce, como Thomas Mann y Herman Broch, han convertido el concepto del tiempo en el centro de sus obras, Kafka en cambio se ha levantado con su arte, para exaltar lo absoluto de una realidad que nunca cambia y la verdad de un continuo presente que nunca ha sido pasado, ni será porvenir. En vano se le podría decir a él, que el tiempo produce diversidad de actitudes y trae consigo nuevos modos de pensar, porque allí donde la mayoría de las gentes admiraba las mutaciones y las cosas nuevas traídas por el tiempo, Franz Kafka sólo podía descubrir las mismas verdades invariables y misteriosas que había sentido desde niño. Nada significaba el tiempo para este Kafka enigmático, porque antes y más allá de aquel tiempo, estaría siempre su propia soledad irreparable, estarían también las mismas fuerzas desmesuradas e imposibles de abarcar, el mismo debatirse del hombre en el absurdo y la boca inflexiblemente abierta de la muerte y de la eternidad.

No obstante la hondura y elevación de la obra de Kafka, inspirada como está en un inmutable anhelo de comprensión, de verdad y de amor, nunca podría tener la atracción y el encanto indecible que de ella emanan, si no fuera asimismo la revelación dolorosa de la vida íntima de su autor. Por eso en las límpidas e ideales páginas de esta obra, podrá leerse siempre, entre líneas, el pensamiento oculto de Kafka, y contemplarse el sublime ascenso de su alma hasta Dios.